

HISTORIOGRAFÍA Y MORAL

I. EL JUICIO MORAL EN LA HISTORIA

En la vida social se suele distinguir de continuo a los individuos en buenos y malos, con diversos grados de bondad y de maldad, hasta el punto casi indiferente del mediocre, ni bueno ni malo. Cada cual, por la parte que le toca, hace selecciones y clasificaciones de éstas; y en algunos casos, cuando se trata de hombres ampliamente conocidos en la vida social, existe cierto consenso general o de opinión pública en el juicio que de ellos se forma.

Sin embargo, tales juicios, o presuntos juicios, considerados de cerca, no aparecen tan ciertos como sería de esperar según la forma parentoria en que suelen ser pronunciados. En verdad, todos pecan por su base, por la supuesta posibilidad de distinguir con certeza no ya el bien y el mal, que siempre se distinguen y oponen claramente, sino al hombre bueno del hombre no bueno. Con esta segunda distinción contrastan la sentencia y la conciencia comunes, por las que bien se sabe que toda criatura humana es buena y mala al mismo tiempo: nexo de contrarios, reconocido siempre por los hombres de más intachable vida moral y expresado por poetas tan nobles como Alfieri, que sentía en su ser al lado del gigante el enano y se tenía ya por Aquiles ya por Tersites. En el impetuoso y ruidoso correr de los juicios se oye el murmullo de la admonición de Jesús, "el que juzgue será juzgado" y al hombre acostumbrado a replegarse sobre sí mismo se le extingue la palabra en los labios.

La razón de que tales seudojuicios sigan siendo formulados y pronunciados por todos, sin que se prescinda de ellos, y la justificación de los mismos, se halla, también aquí, no en la obra de la mente pensante sino en la necesidad práctica que, por medio de esas selec-

ciones y clasificaciones, busca puntos de orientación y apoyo para la acción que se inicia. Se forman así, sobre datos de experiencia, los conceptos, que ya conocemos, de lo probable; si su valor especulativo es casi nulo, su empleo práctico es de todos los días. Por la experiencia que de él se tiene, a tal hombre se le considera como de fiar y a tal otro como indigno de confianza; y conforme a estas clasificaciones se observa actitud diversa frente al uno y frente al otro. Esto no impide que, eventualmente, el hombre de confianza se muestre de hecho infiel, ya porque la experiencia que de él se tenía fuera insuficiente para establecer aquella calificación, ya que, en el tiempo transcurrido, haya él cambiado de modo de ser; y, por el contrario, que el hombre sospechoso de infidelidad deshaga nuestras sospechas y haga superflua y casi ridícula para nosotros la armadura que nos habíamos puesto para defendernos contra sus imaginarias insidias. Pero, entre tanto, algo había que hacer, y en la lógica y necesaria ignorancia de las fuerzas con que nuestra acción pudiera encontrarse, y que ella misma hubiera quizá excitado con otro efecto, sólo era posible atenerse a lo probable, conferir realidad y durabilidad a los caracteres, observados o imaginados, de los individuos, y asignar a cada uno la ley que, según se cree, ha de seguir. Las mismas leyes de las cosas que se suele denominar naturales procuran a veces semejantes decepciones, que se van haciendo más frecuentes a medida que se asciende a hechos más complejos y más netamente individualizados en el orden de la realidad, como son los del hombre y las sociedades humanas.

El resentimiento que provoca en los individuos la falsedad e injusticia de ciertas calificaciones que caen sobre ellos, y también la indignación que a veces fingen para encubrir sus hechos, suele tomar forma de patético llamamiento a lo que demostrará un porvenir más o menos próximo, y en el caso de hombres y cosas de interés público y mayor, la de apelación a la historia. La historia habría de ser la gran corte de casación revisora de todos los juicios turbados por las pasiones y los errores de los hombres, para corregirlos, dando

sentencia definitiva como en un juicio universal, y se parando a los elegidos de los réprobos. *Die Weltgeschichte, das Weltgericht*: "la historia del mundo, juicio del mundo".

Pero el porvenir, o la historia, no puede quitarse de encima este cargo, peor que aplastante por su peso, intrínsecamente absurdo e inasequible. Ante todo, en cuanto a hecho, no es verdad que en la historia callen las pasiones, ya que las de los contemporáneos se propagan en cierto modo y las de los sucesores se añaden a ellas, y en cuanto a derecho, las pasiones pueden ser siempre, y lo son en todo tiempo, rechazadas por la mente, que por propio instinto ejerce este oficio de superar las pasiones gracias a la verdad. Pero el punto esencial es que, para conseguir lo que se espera de la historiografía, debiera abandonarse el terreno de lo probable, único en que tales juicios arraigan y florecen. Se dice, para lograr la revisión invocada, que la historiografía tendrá en lo porvenir noticias y documentos que los contemporáneos no conocieron; y tampoco esto es exacto, porque si los hombres del futuro disponen a veces de testimonios y documentos nuevos, no disponen de otros que a los contemporáneos les eran familiares; pero vicios o nuevos, más escasos o más abundantes, ni unos ni otros se prestan a ser convertidos nunca en certeza interior. No es necesario insistir en este punto ya esclarecido, y, por otra parte, comprobado y ejemplificado con abundancia por las controversias que se agitaron y se agitan aún, sin esperanza de composición, sobre los caracteres verdaderos de tantos personajes históricos y sobre las verdaderas intenciones que los movieron (por ejemplo, Ricardo III o María Estuardo, Ferruccio o Maramaldo, Danton o Robespierre), siempre que se cree poder plantear de nuevo y resolver históricamente, o sea teóricamente, las preguntas de carácter práctico que los contemporáneos se vieron obligados a dirigirse y a contestar de uno u otro modo, acerca de lo que podría esperarse de dichos personajes en las acciones que habían de conducir. Procesos semejantes instituye la Iglesia católica concluyéndolos con la sentencia de beatifi-

cación o de santificación, pero tan sólo porque es útil para sus fines el concluirlos así, fundándose por otra parte no sólo en las declaraciones humanas, siempre inciertas, sino en las señales divinas, que han de ser los milagros operados por los candidatos (aunque éstos, en último análisis, sean atestiguados únicamente por dichos de la gente, y de gente humana harto pobre).

Ya nos da demasiado trabajo y fatiga en la práctica y con fines prácticos la contraposición de buenos y malos para que deseemos continuarla o reanudarla con nuevo aliento en la consideración histórica. A la historiografía se llega sólo después de haber soltado el peso que extrañamente se le quería echar de nuevo sobre las espaldas; y así se mueve tan libre de seguras y fáciles confianzas como de las suspicacias, astucias y cautelas que las luchas de la vida engendran en esferas distintas y con distintos propósitos.

Porque, si la conciencia del individuo, en el examen que hace de sí mismo, ni siquiera puede resolver la cuestión, que no es cuestión, de si es o fue bueno o malo, salvo que, persiguiendo el propósito de formar en sí la coherencia del carácter virtuoso, no se presente él mismo como un ser malo, digno de severo castigo y disciplina, o, persiguiendo, en otro caso, el propósito de darse ánimo y reconquistar la estima y la confianza propias, no se presente a la luz de la bondad de intención que siempre le guíara. El individuo, por otra parte, se da cuenta a veces, en mayor o menor medida, de la obra que ha realizado, sin lo cual no le sería posible seguir operando; y con ello se da cuenta de su carácter moral o no, ético o utilitario, de deber o de mero placer. El único juicio moral que tiene consistencia y significación en la historiografía es éste del carácter de la obra, aparte de las impresiones, ilusiones y pasiones privadas que pudieron acompañarla en sus autores y de aquellas en que la envolvieron sus contemporáneos y sucesores. Como en la historia de la poesía, lo único que importa es la poesía y no ya las intenciones y demás actos de los hombres-poetas, y en la historia de la filosofía los nuevos y más profundos conceptos que se forman, y no

ya las intenciones y pasiones de los hombres-filósofos, los cuales, no menos que los poetas, hicieron a menudo lo contrario y distintio de sus intenciones y acaso, entre pasiones poco nobles y acciones poco dignas, se levantaron a la visión de la verdad; de igual modo, en la historia de la vida práctica es objeto del juicio el nuevo instituto político y moral, y no ya las intenciones y las ilusiones que llevaron en sí los que lo idearon y ejecutaron.

Sin embargo, aunque se entiende sin dificultad que, ante la realidad de las obras, se puede y se debe prescindir de las intenciones y de las pasiones de artistas y pensadores, que no contaminan, ni siquiera tocan, a aquéllas, no es tan fácil entender cómo se puede prescindir de lo mismo en la esfera práctica y moral, donde la acción está calificada por la intención y la intención por la acción, en que sólo alcanza realidad. Pero aquí la dificultad tiene origen en un punto de vista falso acerca del autor de las obras, y no menos de las útiles y morales que de las filosóficas o poéticas, que no es ya el individuo abstracto, distintio y contrapuesto a los demás en el esquematismo de la vida práctica, ni la individualidad sustancializada de cualquier modo, sino únicamente el espíritu que forma a los individuos y los hace instrumentos suyos. Así el hombre, que se dedica tal vez a una obra con fines de propia utilidad, en el curso de su acción se deja captar poco a poco por el designio hacia ese cálculo, por el amor de la belleza moral que se le va descubriendo y a ella adapta su acción; así, más frecuentemente, los malos, egoístas y avicosos suscitan, por reacción contra la suya, el entusiasmo moral que ellos pensaban empuñarse y destruir, y, sin quererlo ni saberlo, sirven a otros fines: trance bien conocido en filosofía e historiografía con el nombre de "providencia", según Vico, de "astucia de la razón", según Hegel, o con el otro, menos imaginativo, pero también menos significativo, de "heterogénesis de los fines".

Este es el trato verdaderamente histórico y, en un buen sentido, objetivo. Mas como ese trato, si ilumina el intelecto y lo dispone a la acción, no va en apoyo de

la acción misma con los estímulos y consuelos que se desean y se solicitan, las imágenes veneradas de los hombres excelentes, las aborrecidas de los malvados, siempre se mantienen vivas merced a la anecdótica y a su método de lo probable. Ofrecen los paradigmas de que se sirven los educadores, y a los que cada cual recurre en determinados momentos de guerra interior, recibiendo de ellos ayuda, consuelo, reprobación, rayos de esperanza, ardor renovado, promesas de inmortalidad, de esa inmortalidad que es unión con el eterno espíritu del bien. Estas imágenes, como ya hubo ocasión de advertir, logran eficacia merced a la presunción inherente a ellas de que responden a una realidad histórica y son, por lo tanto, algo más y algo distintio de las meras construcciones de la imaginación.

Después de haber recorrido en sus determinaciones particulares el proceso del juicio moral en la historiografía, será tal vez oportuno disipar otra sombra que sobre ella suele caer, la acusación de exterioridad invencible e incapacidad intrínseca para penetrar en la parte que a cada uno de nosotros más importa, porque "en el sagrario del corazón humano (escribe Droysen) sólo penetra el ojo de Aquel que examina el corazón y las entrañas, y, hasta cierto grado, el amor y la amistad recíprocos, mas no el ojo del juez, en lo jurídico ni en lo histórico".¹ Y también: "Para mí, como individuo, la verdad es la conciencia, que la historiografía abandona al individuo, sin que pueda hallarla y comprenderla con sus medios, ya que no mira al hombre aislado según aquella verdad, sino en el puesto y en el deber que le corresponden en el gran consorcio moral y en su progreso."² Tendríase, pues, así un conocimiento de las cosas humanas que sería historiográfico, y otro conocimiento, que sería de conciencia, provisto, el segundo, de una intimidad que le faltaría al otro. Sólo que, según sabemos, la historia del individuo, la biografía, como acto cognoscitivo, se resuelve toda en historia, sin que

¹ *Historik*, ob. cit., p. 178 (cf. también el § 20 del *Grundriss* anexo).

² *Ob. cit.*, p. 180.

el individuo tenga realidad fuera de lo universal que en él se actúa y que él actúa. Este concepto podría expresarse también con la fórmula de que el conocimiento histórico pertenece al individuo agente y no al paciente (o, lo que es igual, al paciente sólo en relación con el agente); y acción, supone actuación de valores o de universales. El mismo Droysen observa muy bien, más adelante: "No queremos el conocimiento personal del individuo, sino indagar y poner en claro su posición histórica."ª Y si ello es así, hay que convenir en que el conocimiento de lo último, el conocimiento reservado a la conciencia, en que sólo puede penetrar el ojo de Dios, o en ciertos momentos el del amor y el de la amistad, no sólo no es un conocimiento histórico, sino que no lo es de ninguna especie, ni siquiera del modo de verdad que pertenece a la poesía, la cual ve, sin embargo, la parte en el todo, el drama humano en el drama divino del cosmos. En efecto, la llamada intimidad de la conciencia no es más que el sentimiento, poética e intelectivamente mudo, el sentimiento que trabaja y lucha, y su manifestación fónica y mímica es la interacción que, complicándose y dilatándose, se configura en la efusión del ánimo o confesión, que es del paciente y no del agente. Dios dará fuerzas al alma en aquel trabajo; el amor y la amistad se unirán simpáticamente al paciente, sosteniéndole, confortándole y enderezándole; pero él no saldrá de la oscura intimidad del sentir sino juzgándose y pensando su propia historia, esa historia que es historia de él mismo, sólo a condición de ser, al mismo tiempo, historia del mundo, con el cual forma un todo.